

La profesora Mariana Mazzucato ha sido criticada desde las posiciones económicas y políticas de derecha por su iniciativa de promover un nuevo capitalismo en el que el Estado sea protagonista (aunque suene contradictorio) al convertirse en un actor productivo importante. En su opinión, el Estado no solo debe asegurar las condiciones para que la mano invisible actúe, sino que debe producir y competir con los actores privados como uno más, lo cual debería derivar en mayor producción y, sobre todo, en menor desigualdad. Resaltando ese contexto, todas sus publicaciones son controversiales, pero lo es mayor medida la más reciente titulada “El Gran Engaño” (Taurus, 2024). En su opinión el gran engaño es el de las firmas de consultoría, que generan una “infantilización de las organizaciones, cuando se mina el aprendizaje en el gobierno y las empresas”. Desde su punto de vista, los servicios prestados (principal, pero no exclusivamente) por las 3 firmas de consultoría y las 4 de servicios profesionales más importantes, han implicado una externalización de conocimiento que no es coherente con el nivel de ingresos que les genera ni con la baja responsabilidad que les implica. Así, un Estado a través de cualquiera de sus dependencias contrata a un consultor para adelantar alguna actividad, ya que este último tiene más experiencia, conocimiento técnico, y eficiencia de recursos que la entidad gubernamental, pero al hacerlo, el Estado mismo perpetúa este escenario negativo, haciendo que con el paso del tiempo los beneficios (técnicos y económicos) queden en manos privadas mientras que los riesgos continúen siendo

públicos. Según esta obra, las firmas “no asumen los costos del riesgo contractual, y pueden soportar el riesgo reputacional, generando un conflicto entre la necesidad de actuar por el interés del cliente y la de asegurar la rentabilidad de la operación”. Se presentan varios ejemplos, como el manejo de la pandemia o el Brexit, en el que el Estado en vez de hacer su trabajo contrata a una consultora para que le diga qué hacer, a un costo económico, pero sobre todo técnico, muy alto. Yo mismo he sido parte de equipos en los que alguna entidad estatal pide un informe que determine cómo hacer las cosas, por lo que creo, aún, que no es una figura que deba ser satanizada. No creo tampoco que las cabezas mundiales de la consultoría formen una logia donde conspiren por el debilitamiento de los Estados para asegurar contratos, pero sí me parece que esta investigación (impecablemente presentada) debe abrir un espacio de auto crítica y reflexión respecto del papel que ejercemos en la sociedad. Quizá algunos, aparte de la profesora Mazzucato, nos ven como personas que sabemos cobrar, pero no generar real valor, y la *comoditización* de la auditoría y la revisoría fiscal dan cuenta de ello.

Antes de escribir el presente documento, compartí estas ideas con un socio de consultoría de una importante firma. Puede ser el tipo que más sabe de GRC en el país. Me respondió: “debo decir que estoy abiertamente de acuerdo con este planteamiento”. Seguro nos tomaremos un café pronto, y lo discutiremos más a fondo.

*Donny Donosso Leal*